

11. Aunque para vivir se deben satisfacer las necesidades básicas materiales, el consumo no debe ser un objetivo en sí mismo. Debe evitarse todo intento de estimular artificialmente las necesidades materiales en provecho de las ganancias. El desperdicio de las fuentes materiales y el desgaste sin sentido, con fines de consumo, es dañino para el desarrollo de la madurez humana.

12. El humanismo socialista es un sistema en el que el hombre gobierna el capital, no éste al hombre, en el que el individuo manda sobre sus circunstancias, no éstas al hombre, en el que los miembros de la sociedad planean lo que desean producir, en lugar de que la producción obedezca las leyes del poder impersonal del mercado, y las del capital con su inherente necesidad de ganancias máximas.

13. El socialismo humanista es la continuación del proceso democrático en la esfera económica, más allá del terreno puramente político. Esto significa democracia política e industrial, y la restauración del sentido original de la democracia política: la verdadera participación de los ciudadanos, bien informados y responsables, en todas las decisiones que los afecten.

14. La continuación de la democracia en la esfera económica significa el control democrático de los participantes en todas las actividades económicas: obreros, ingenieros, administradores, etc. El socialismo humanista no se interesa principalmente en la propiedad legal, sino en el control social de las industrias grandes y fuertes. El control irresponsable de la administración burocrática que representa los intereses del capital debe ser reemplazado por una administración que actúe en nombre de los que producen y consumen, y que sea controlada por éstos.

15. El objetivo del socialismo humanista sólo puede alcanzarse implantando el máximo de descentralización compatible con un mínimo de centralización necesaria para el funcionamiento de una sociedad industrial. Las funciones de un Estado centralizado deben ser reducidas al mínimo, en tanto que la actividad voluntaria de los ciudadanos que cooperen libremente constituiría el mecanismo central de la vida social.

16. El socialismo humanista es el resultado lógico y voluntario del ejercicio de la naturaleza humana en condiciones racionales. Es la realización de la democracia arraigada en el legado humanista del género humano, acondicionada a una sociedad industrial. Es un sistema social que opera sin emplear la fuerza: ni la física ni la sugestión hipnótica por la que los hombres son forzados sin darse cuenta de ello. Sólo puede lograrse mediante un llamado a la razón del hombre, y a su deseo de una vida más humana, rica y significativa. Se basa en la fe en la habilidad del hombre para construir un mundo que sea verdaderamente humano, en el que el enriquecimiento de la vida y el desarrollo del individuo serían los principales objetivos, en tanto que los fines económicos se reducirían a su justo papel de medios para una vida humana más fértil.

EL GRAN VIRAJE

Por Enrique GONZÁLEZ PEDRERO

EN EL DRAMA contemporáneo hay dos grandes protagonistas, los que hace más de un siglo profetizó Alexis de Tocqueville: Rusia y los Estados Unidos. Pero ni un espíritu tan lúcido como el de Tocqueville pudo anticipar que "los comparsas" estuvieran llamados a representar papeles cada vez más importantes. Fue Hegel quien formuló teóricamente la relación dialéctica que ahora contemplamos claramente en el ámbito de las relaciones internacionales y que, de haber servido de argumento a una comedia, habría podido titularse: "De cómo los esclavos se convierten en amos." Después, Carlos Marx fundamentaría científicamente la solución de la antinomia, de la "tragedia" de Occidente. En efecto, simultáneamente a la coexistencia de los bloques occidental y soviético existe un tercer bloque potencial, con el que los coexistentes tendrán que contar, de grado o por fuerza. Ese "tercero en discordia" es el conjunto de los países subdesarrollados. La anterior afirmación no puede parecer ya una profecía utópica porque las condiciones para su cumplimiento están en algunos casos ante nuestros ojos. No adelantemos, sin embargo, las consecuencias últimas antes de familiarizarnos con las causas primeras. ¿Qué significa el subdesarrollo económico? ¿En qué condiciones se da?

¿Qué relaciones entran en juego para producirlo?

El *porqué* del subdesarrollo es precisamente el tópico de este estudio. Sin desarrollo pleno no hay vida —económica, política, cultural— plena; no hay amplitud teórica ni práctica; no hay existencia total, no hay libertad. Lo que hay, lo que existe en este ancho ámbito es "a medias", "fifty and fifty", "sub": sub-economía, sub-política, sub-cultura. Los países subdesarrollados son casi países, naciones en un cincuenta por ciento y el hombre que en ellos habita es un ser dependiente, un sub-hombre.

Hombre y mundo subdesarrollado dependen, pero no de sí mismos sino de otros hombres y otros mundos extraños que ordenan, planean, reciben y reparten. Como el recién nacido ligado aún por el cordón umbilical a la madre, se debaten entre la vida propia y la ajena; fluctúan entre la incipiente y la otra personalidad: son, sin ser a cabalidad; son, sin ser todavía.

I. El problema del subdesarrollo económico responde, pues, en términos generales al análisis de la dominación y la servidumbre que Hegel expuso en la *Fenomenología*. Según Hegel, para ser hombre es necesario ser reconocido por los demás, por las otras conciencias: yo



Los indios de la selva del Brasil viven de la caza y la pesca.

no soy yo, más que haciéndome reconocer por los demás y reconociendo a los otros como si fueran yo mismo. Los hombres constituyen la sociedad y la sociedad engendra a los hombres. Es en la sociedad donde el hombre se afirma a plenitud, en donde *es*. El máximo valor animal es la conservación de la vida: para ello ha sido dotado del instinto. Si el hombre quiere superar su animalidad, deberá superar dicho instinto, ir más allá de él. ¿Cómo? Siendo capaz de jugarse la vida. La única manera que el hombre tiene de penetrar en el terreno humano y de ser reconocido como hombre es demostrando su calidad humana, enfrentándose a otra conciencia en una lucha sin cuartel en la cual obtendrá el reconocimiento o la muerte. Ser o no ser... tal parece la divisa de la sociedad, de la historia hegeliana. ¿El fin? Obtener el preciado reconocimiento, *ser*. Es la aprobación de los demás lo que importa. La historia entera no será otra cosa para Hegel que un largo y penoso combate por la conquista del prestigio y el poder absolutos. Historia que, antes de acuñarse el término, es ya un imperialismo. De esta lucha resultará un vencedor y un vencido. Una conciencia —la dominada— que por haber sentido temor de perder la vida a la hora del combate, debe reconocer a quien triunfó, sin que ésta —la vencedora— se “tome la molestia” de reconocerla a su vez. Quien perdió ha vuelto a la esfera de la naturalidad, conservando la existencia que le dispensa el vencedor, el amo, que a su vez obtiene todos los honores del reconocimiento. La libertad del Amo en relación con el Esclavo y la naturaleza es plena, ya que el Esclavo lo reconoce en su totalidad y trabaja transformando a la naturaleza en beneficio del consumo del Amo, de la afirmación que niega al Esclavo y a la naturaleza. Cuanto más trabaja el Esclavo, más se afirma la autonomía del señor, negando aquel laborioso esfuerzo de transformación del contorno natural y de creación de cultura. Sólo que dicha autonomía no es, en modo alguno, absoluta puesto que el reconocimiento es otorgado por una conciencia —la del Esclavo— que no es reconocida por él. Su autonomía es relativa, no es total. La dominación en estas condiciones es, como dice Kojève, un “callejón sin salida existencial” que sólo permite al Amo dos alternativas: o la vida “insatisfecha” —por falta de reconocimiento de una conciencia “congruente”—, o la muerte, ya que no puede renunciar a su poder y convertirse en Esclavo y pugnará, “a pesar de todo”, por seguir siendo el Amo “de siempre” y, *siéndolo, seguirá produciendo la esclavitud*.

Pero esto es sólo el anverso de la medalla, la “cara del Amo”. En el reverso, las cosas son diferentes. En efecto, el Esclavo no puede tener las mismas perspectivas del Señor. Él *quiere cambiar*. En rigor, ha comenzado a cambiar desde que comenzó a crear cultura, historia. Cultura e historia que le han servido no sólo para satisfacer al Amo, sino para superar su naturalidad, para cobrar conciencia de su humanidad y *valor*. La cultura es la síntesis de su relación laboriosa con la naturaleza. La historia es el recuento de sus penosos esfuerzos en favor de su liberación real. A partir

de este momento el Esclavo se libera de la naturaleza que era el principio de su servidumbre (cuando no pudo superarla, aceptando la muerte en el combate). Ahora tiene conciencia de ello y de la libertad ya que ha observado la amplitud de movimientos del Amo. Luchar contra la naturaleza y el señor es su camino para obtener la liberación. La historia hegeliana se identifica pues, con el trabajo y la Revolución.

El Esclavo se trasciende a sí propio, al mismo tiempo que transforma al mundo y crea cultura, trabajando, educándose, cultivándose. Al “recrear” las cosas, la materia, transformándolas para el consumo del Amo se autotransforma el Esclavo. El trabajo empieza a ser la calidad distintiva, objetiva, de la esencia humana y es por mediación de los *objetos* producidos por el esfuerzo humano que el hombre toma conciencia de su *subjetividad*. Al cobrar conciencia de sí el Esclavo se encuentra como hombre —se libera. Y esa liberación se debe, precisamente, al trabajo que lo hace creador, transformador de la naturaleza en cultura. Es el productor, el hombre por excelencia. Por medio de su esfuerzo, el Esclavo no solamente reconoce al mundo que transforma, sino que se refleja a sí mismo y revela su propia realidad objetiva a los demás. No obstante, en este proceso de trabajo transformador, es el Amo el que “cataliza” y disfruta del esfuerzo del Esclavo puesto que “el mundo dado en donde vive pertenece al Amo... y en ese mundo es necesariamente Esclavo. *No es pues la reforma —advierde Kojève— sino la supresión ‘dialéctica’ es decir, revolucionaria del mundo la que puede liberarlo y, consiguientemente, satisfacerlo*”.¹ En tanto que el Amo no puede abandonar “su” mundo esclavizador, el Esclavo sí quiere trascenderlo a sabiendas de que en el proceso de transformación, no sólo no será negado —como el Amo— sino que alcanzará su liberación. La conciencia dependiente, al desprenderse del yugo servil, se realiza plenamente: se vuelve verdaderamente autónoma y dueña de sí.

Hegel resuelve, pues, el problema planteado por la dialéctica del Amo y el Esclavo intelectualmente ya que, desde el momento en que el Esclavo se objetiva en las cosas, cobra conciencia de su importancia histórica. Su libertad se realiza en el pensamiento, idealmente, en abstracto. Fue Marx quien trasladó todo aquel mundo ideal al campo de la práctica para que los hombres pudieran actuar histórica y socialmente modificando la realidad opresora.

Para Marx, en la sociedad burguesa la propiedad privada produce una antinomia: de un lado los que poseen la riqueza y del otro los que la crean, pero no la poseen. La riqueza y el proletariado son respectivamente el aspecto positivo y negativo de la antinomia. La riqueza —o la burguesía— se afirma y se siente satisfecha de sí misma pero engendra, negándolo, para poder mantenerse, al proletariado. El proletariado, que vive una existencia inhumana debido a la enajenación creada por la propiedad privada, no puede complacerse en tal situación y la niega, se rebela contra ella, tiende a suprimirla. Mientras la burguesía trata de conservar las

relaciones existentes, ya que en ellas residen su poder y riqueza, el proletariado tiende a destruirlas para poder afirmarse a su vez, para llegar a ser. La propiedad privada genera, al producir al proletariado, su propia supresión dialéctica que se efectuará, sin embargo, a pesar de ella y en contra de ella: es el proletariado el que, conciente de su servidumbre y de sus orígenes negará esta servidumbre y al destruirla suprimirá a su contrario, la burguesía. Ahora bien, el proletariado al rebelarse suprime las condiciones inhumanas y miserables en que vive: pone fin a su situación de proletario, recupera su condición humana anulada por la servidumbre. Al liberarse se desprende de la miseria, de la ignorancia; elimina la relación enajenante que lo mantenía sub-humanizado dentro de la sociedad existente. La rebelión del proletariado lleva consigo un rompimiento absoluto con su existencia anterior y devuelve al trabajo su calidad humana, creadora, libertadora. El papel histórico del proletariado se desprende, así, de su propia condición dentro de la sociedad burguesa a la que deberá suprimir, suprimiéndose simultáneamente como proletariado para pasar a una nueva etapa, en la cual podrá realizarse plenamente la verdadera humanidad, la esencia verdadera del hombre.

Advirtamos que la hipótesis de que partimos (relación dialéctica de las conciencias de sí de Hegel; antinomia de la “riqueza y la pobreza” de Marx), servirán de marco metodológico para analizar el fenómeno del subdesarrollo económico. En verdad, este fenómeno es el producto de una antinomia, de una contradicción típicamente dialéctica que se desarrolla, en términos generales, de la manera siguiente:

1º El hecho de haberse producido el desarrollo solamente en algunas regiones del mundo ha influido dialécticamente en otras (en las subdesarrolladas) creándoles en lo interno un “círculo vicioso” —el del subdesarrollo precisamente—. Este círculo vicioso puede producir o bien una negación absoluta del proceso, o bien una deformación de él. Más claro, el problema del desarrollo es un problema antinómico formado por la “Riqueza” (regiones desarrolladas) y la “Pobreza” (regiones subdesarrolladas). Como la Riqueza está obligada a sostenerse a sí misma (recordemos que el Amo sólo puede ser Amo o morir, que la propiedad privada, la burguesía, produce al proletariado y sólo negándolo, explotándolo, puede subsistir), tiene necesidad de “mantener” a su contrario, en este caso las regiones subdesarrolladas. De este ángulo positivo de la antinomia surgen varios elementos:

- a) Existe una relación dialéctica inversa entre el desarrollo de unas regiones y el subdesarrollo de otras.
- b) Esta relación inversa produce en forma “natural”, por así decir, una relación de intercambio producto de una división del trabajo, según la cual los países subdesarrollados producen con su trabajo la materia prima que elaboran las regiones desarrolladas.
- c) Es obvio que para este “comercio” y esta “división del trabajo” no es

conveniente ninguna modificación del esquema de la dominación y la servidumbre.

d) Estos presupuestos lo mismo se realizan en lo interno, en cada país, como en lo internacional.

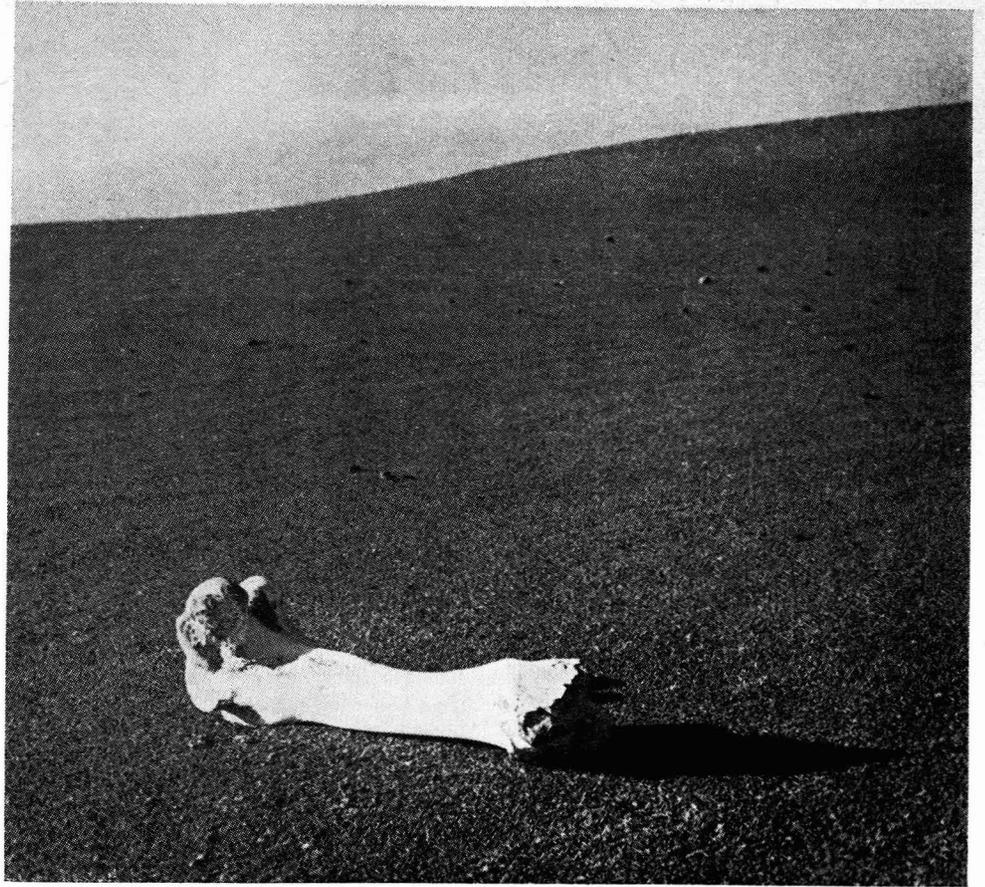
2º El reverso de la antinomia, su parte negativa, está formada por los siguientes presupuestos que surgen, tanto del desenvolvimiento lógico de la metodología adoptada, cuanto de la realidad. Helos aquí:

- a) Existe una tajante separación, una contradicción entre los intereses y objetivos de ambas regiones.
- b) Esta contradicción ha producido una lucha (abierta o sorda) entre ambas regiones.
- c) Esta lucha sólo terminará cuando los países subdesarrollados *naturalmente* realicen —como lo vienen haciendo— su liberación nacional.
- d) Es a partir de este momento —la Revolución— cuando los países subdesarrollados rescatan su soberanía enajenada y pueden *libremente* comenzar su proceso de desenvolvimiento económico.

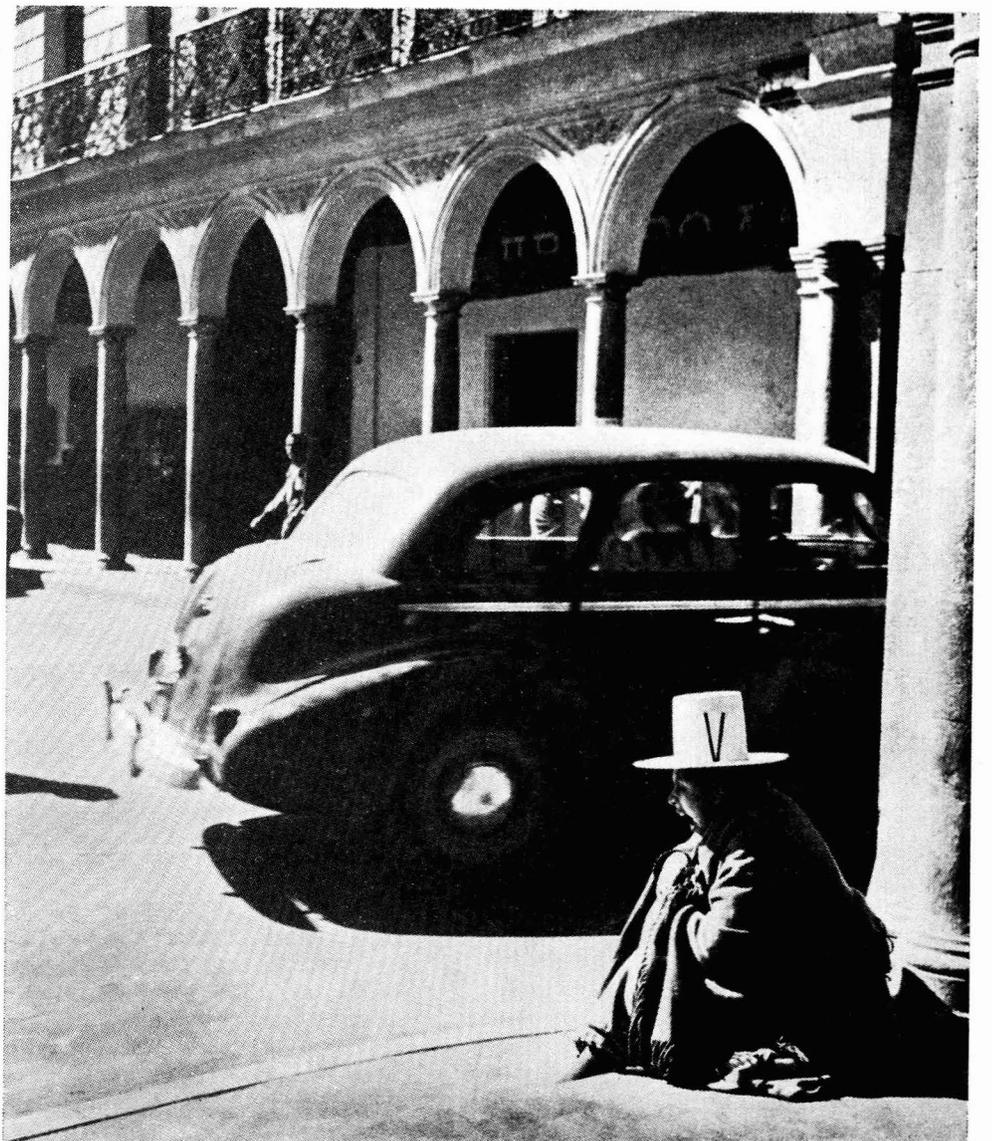
II. El panorama internacional está, pues, compuesto (para nuestros fines) por dos clases de naciones, las desarrolladas y las subdesarrolladas, las ricas y las pobres. Las desarrolladas son las antiguas colonias británicas —zonas templadas, inmigrantes europeos—, Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelandia. Además, los países centrales y noroccidentales de Europa. Sus habitantes forman la *sexta parte* de la población occidental. Los subdesarrollados se localizan en África, el Cercano, Medio y Lejano Oriente y América Latina. Sus habitantes forman *las dos terceras partes* de la población mundial exceptuados los países socialistas.

En opinión de Gunnar Myrdal, las diferencias en los niveles de desarrollo se hacen cada vez más pronunciadas entre un reducido número de países ricos y un número muy grande de países pobres. El ritmo de desarrollo de los países ricos se mantiene y aun se incrementa mientras que, a la inversa, los pobres permanecen estancados y llegan inclusive a empeorar sus niveles de vida. El propio Myrdal, que dirige la Comisión Económica para Europa de las Naciones Unidas, reconoce que, al tomar conciencia los pueblos subdesarrollados de esa injusta distribución mundial de la riqueza, "tienden a culpar de su miseria" a los países que gozan de altos niveles de vida y que siguen enriqueciéndose sin cesar.

El economista sueco ha sabido captar con una gran penetración el "estado de ánimo" privativo de los países subdesarrollados; naturalmente, tal actitud no es sino el reflejo ideológico de las condiciones materiales que han pesado sobre estos pueblos. Es la realidad económica la que está informando la ideología de los países subdesarrollados y esta ideología no está muy lejos de las premisas metodológicas adoptadas en este trabajo. Por otra parte, Myrdal justifica tal ideología cuando al contemplar el proceso general del desarrollo económico advierte: "Es fácil observar cómo la ex-



Un desierto en el norte del Perú



Una mujer chola en una esquina de Cochabamba, Bolivia.

pansión de una localidad conduce al estancamiento de otras.”²

La falsedad de la teoría clásica del comercio internacional, que pretende ver en el “libre-cambio” la fuente de toda riqueza, se cae por su peso. Una región en crecimiento atraerá un movimiento migratorio de capitales, comercial e industrial en general, en perjuicio de otras regiones que están necesitadas de dichos elementos para promover su proceso de crecimiento. Un foco económico en movimiento impulsa la inversión, lo que produce un aumento en los ingresos y en la demanda, influyendo nuevamente en la inversión y así sucesivamente. Pero en una zona “estancada” el proceso funcionará a la inversa, ahondando más el foso del subdesarrollo. El problema se aclara más todavía cuando se sabe que, en tanto que las desigualdades regionales van en disminución —en los países ricos—, en los países pobres esas desigualdades van en aumento. Lo que significa que mientras los países desarrollados siguen creciendo, los subdesarrollados se siguen subdesarrollando: “Las desigualdades internas de los países muy pobres —dice Myrdal— son de decisiva importancia para explicar las desigualdades internacionales entre los países... *los dos tipos de desigualdades son causa uno de otro.*”³ En ello contribuyen lo mismo el comercio que los movimientos internacionales de capital que se dirigen principalmente hacia el fomento de la producción primaria para la exportación. Ni el comercio, ni la inversión de capitales extranjeros conducen hacia el desenvolvimiento, sino que más bien producen un efecto regresivo, cooperando con las fuerzas internas que tienden a mantener el *statu quo*.

Los países desarrollados tratan siempre de servirse de la zona subdesarrollada como si se tratara de una prolongación de su mercado, lo que trae aparejado por supuesto, directa o indirectamente, la inexistencia o el estancamiento de la industria nativa. Sus inversiones se dirigen con gran frecuencia hacia la producción de materias primas necesarias a su industria y, a veces, hacia las vías de comunicación —vías de penetración y de salida de los productos—. Dos son los fines perseguidos, ambos estrechamente vinculados: controlar la economía satélite como mercado de importación y de exportación. Este tipo de comercio bilateral o “bilateralismo reforzado” no surgió por iniciativa ni voluntad de los países escasamente desarrollados, sino al contrario: fueron los países industriales necesitados de materias primas y de nuevos mercados para los productos que elaboraban con ellas, los que promovieron y organizaron el sistema. Una vez instalados en la economía dependiente de capital, empresa y técnicos, se limitan exclusivamente a establecer relaciones de alianza con las clases privilegiadas, a las que favorecen con el propósito de que sirvan como “mediadores criollos”. Tales mediadores están interesados, como el país desarrollado al que sirven, en mantener el estancamiento histórico. Llevan a cabo, en una palabra, una política colonial y ya se sabe que semejante política sólo ahonda y agudiza el desequilibrio internacional: por un lado, se fortalecen los que dominan y dictan las condiciones del mer-

cado y, por el otro, se debilitan y sujetan cada vez más los que dependen de tan arbitraria situación.

Resumiendo: 1º Son los países desarrollados los que tienden a crecer más. Dicho crecimiento “presiona” a través del comercio y los movimientos de capital, principalmente, a los países subdesarrollados. 2º Esta presión se manifiesta, en los países subdesarrollados, como un estancamiento cuando no como un franco retroceso económico, que favorece a su vez a los países desarrollados.

III. Algunos teóricos de los países desarrollados han tratado de encontrar causas primeras “naturales”, invariables y persistentes que condicionen el subdesarrollo de vastas zonas del mundo. Las teorías más extendidas en este sentido han atribuido a factores climáticos, del subsuelo, raciales e inclusive religiosos, el insuficiente desarrollo de estos países. Se habla con frecuencia de las ventajas de los climas fríos que estimulan la actividad humana, olvidando el auge que tuvieron en la Antigüedad brillantes civilizaciones precisamente en esas zonas tropicales y sub-tropicales que hoy son subdesarrolladas. Además de que el desarrollo escaso no es privativo de los trópicos y se presenta también en países del Mediterráneo y del Centro de Europa, por ejemplo, que no sólo gozan de favorables circunstancias climáticas sino que fueron la cuna en otras épocas de grandes culturas. La atribución del subdesarrollo a la escasez de minerales es, en general, irrisoria, ya que específicamente en muchos de estos países se encuentran los más ricos yacimientos mundiales de minerales y combustibles básicos, tales como el hierro y el petróleo. Lo que sucede es que la explotación de esos recursos por los países desarrollados contribuye todavía más al subdesarrollo de los otros. Y ¿cómo creer seriamente en la superioridad de la raza blanca sobre las razas de color, cuando científicamente se ha probado la igualdad intelectual potencial de todos los hombres? No hay que olvidar, por otra parte, que muchos países poco desarrollados de América Latina, de la Europa mediterránea y del Medio Oriente, tienen predominio de la raza blanca en su composición étnica. Por último, las teorías de Max Weber, Tawey y otros sociólogos que fundan todo el auge del capitalismo y de la burguesía en la religión protestante, han derivado en teorías subsidiarias que atribuyen el subdesarrollo a las religiones “fatalistas” o al catolicismo profesados en la mayoría de los pueblos subdesarrollados. Estos sociólogos olvidan que son más bien las condiciones económicas y sociales predominantes las que influyen en la “visión del mundo” de una religión determinada y no a la inversa.

Las causas del subdesarrollo no son, pues, “extra-históricas” e inmodificables, sino condiciones surgidas de una situación claramente localizada dentro del desarrollo histórico mundial y, en consecuencia, susceptibles de transformación. Para comprender las características del subdesarrollo hay que fijar antes las causas del desarrollo de una parte del mundo. A fines del siglo XVIII se produjo en Inglaterra la Revolución Industrial. Se realizó allí, antes que en otros países, porque existía en Gran Bretaña un gru-

po social decidido a aprovechar económicamente los adelantos de la técnica, y porque lo favoreció en ese momento una coyuntura propicia: la extensión del campo comercial para Inglaterra, a expensas de España. Ahora bien, en otros países de Europa existían también las condiciones para que “prendiera” la Revolución Industrial: la estructura feudal y la economía cerrada de la Edad Media no habían facilitado la actividad de los “mercaderes” quienes, en consecuencia, tendieron a individualizarse como clase y a transformar la estructura feudal. Fuera de Europa no existía esa clase social de “empresarios” o “burgueses”. En muchos países asiáticos, por ejemplo, los mercaderes se asimilaban a la aristocracia en lugar de convertirse en clase impulsora de una transformación social y económica. No podía implantarse, pues, en el momento en que se produjo en Europa, la Revolución Industrial, a falta de una estructura social propicia que facilitara la germinación de una sociedad capitalista.

La primera característica del subdesarrollo viene a ser, por tanto, la persistencia en los países ahora poco desarrollados de *estructuras anquilosadas* —de grandes propiedades rurales, de ausencia o debilidad de la burguesía— que se prestaron en un momento dado a la extensión, en detrimento del desarrollo independiente de esos países, de las grandes naciones europeas ya industrializadas. Ahora bien, para realizar tal expansión los países industrializados tendieron a *someter políticamente* a aquellos países con los cuales debían establecer relaciones comerciales para mantener y acrecentar su propio desarrollo. Al quedar sujetos políticamente estos países *se paralizó la posibilidad de su desarrollo económico independiente y se facilitó la subordinación absoluta de sus economías a las economías extranjeras* que extraían las riquezas naturales de las regiones subdesarrolladas sin reinvertir las utilidades en la promoción de su desarrollo económico. En efecto, la sujeción política de los países subdesarrollados, destinada a asegurar las utilidades de los empresarios extranjeros y consolidada por los monopolios, *actuó como factor paralizante de un desarrollo potencial de estos países.* (Es decir, que el subdesarrollo de una parte del mundo se debe, en razón directa, al subdesarrollo de otra parte). Las regiones subdesarrolladas comenzaron a exportar, pero no se industrializaron. Nos referimos antes, a la falta de una clase emprendedora capaz de impulsar el crecimiento. De hecho, en un principio, la ausencia o debilidad de estas clases impidió un desarrollo *simultáneo* al de los países de Europa Occidental. Pero después, al introducirse desde fuera un sistema capitalista “deformado”, las incipientes burguesías se “deformaron” en consecuencia. Las clases que en un tiempo pudieron impulsar la promoción del desarrollo económico se dedican actualmente a actividades de especulación y a representar los intereses extranjeros. *Las minorías dominantes* son beneficiarias, por su influencia política y su alianza a los monopolios extranjeros, de la parte de la riqueza nacional que les “obsequian” aquellos. La escasa industria establecida en los países subdesarro-

llados es en su mayoría propiedad de sociedades extranjeras. (Recordemos que la quinta parte de la población mundial tiene en su poder más del 90 por ciento de la producción industrial). Es así como los países desarrollados descapitalizan y pauperizan a los países dependientes.

Como consecuencia de la implantación en las regiones subdesarrolladas de una estructura capitalista que se superpone a la economía tradicional se produce una dislocación de la estructura económica anterior y, además, de las culturas autóctonas que entran en contacto con la cultura occidental. En los países subdesarrollados coexisten diferentes etapas históricas. Al producirse la alteración de las estructuras existentes no se produce al mismo tiempo un desarrollo de la industria, de las fuentes de trabajo, que pueda absorber la mano de obra disponible debido a la modificación de la economía tradicional. Además, la población crece notablemente debido a la introducción de la salubridad moderna que reduce la mortalidad y, entre otras causas, a que los hijos representan para las familias de escasos medios una esperanza a largo plazo de aumentar sus ingresos sin representar de inmediato costosos gastos de educación, tan deficiente en los países subdesarrollados. Como consecuencia, surge un *desequilibrio entre el crecimiento demográfico y el desarrollo insuficiente*, limitado por la dependencia a una economía extranjera y por la explotación exclusiva de determinados productos que interesan a esa economía. La población que no encuentra acomodo dentro de la escasa indus-

trialización existente —y que antes se enmarcaba dentro de las actividades agrícolas o artesanales propias de la economía precapitalista— se *subproletariza*. De ahí esas grandes masas típicas de los países subdesarrollados que no viven de un empleo y un salario regulares y muchas veces se dedican a ocupaciones ilegales en las ciudades, para poder subsistir. La afluencia de población rural, en constante crecimiento, hacia las ciudades atraída por una industria cuya demanda es inferior a la oferta de mano de obra, produce un exceso permanente de sub-empleo. Este sub-proletariado "flotante" que no encaja dentro de la estructura semi-moderna de los países subdesarrollados, ni permanece ya dentro de la pequeña comunidad rural que antes lo absorbía, siente la *frustración* de su situación desequilibrada: está como aplastado entre el mundo moderno y el tradicional, sin poseer la estructura mental de la etapa anterior ni tener acceso a los beneficios económicos y culturales del desarrollo económico moderno. ¿Cuál es, pues, la estructura socio-económica de un país subdesarrollado? Es una estructura no orgánica, desequilibrada: no sólo existen las diferencias de clase de los países desarrollados entre burguesía y proletariado sino que se produce un desnivel entre un extremo de la población que viven dentro de las relaciones de tipo capitalista —burguesía, pequeña burguesía y proletariado escaso— y otro extremo, que vive al margen, fuera del sistema, con una participación precarísima en la riqueza nacional. En consecuencia, esa población no tiene poder de compra y, por lo mismo,

resulta imposible un aumento de la producción que redundaría en nuevas fuentes de trabajo, porque no hay mercado amplio para absorber ese incremento.

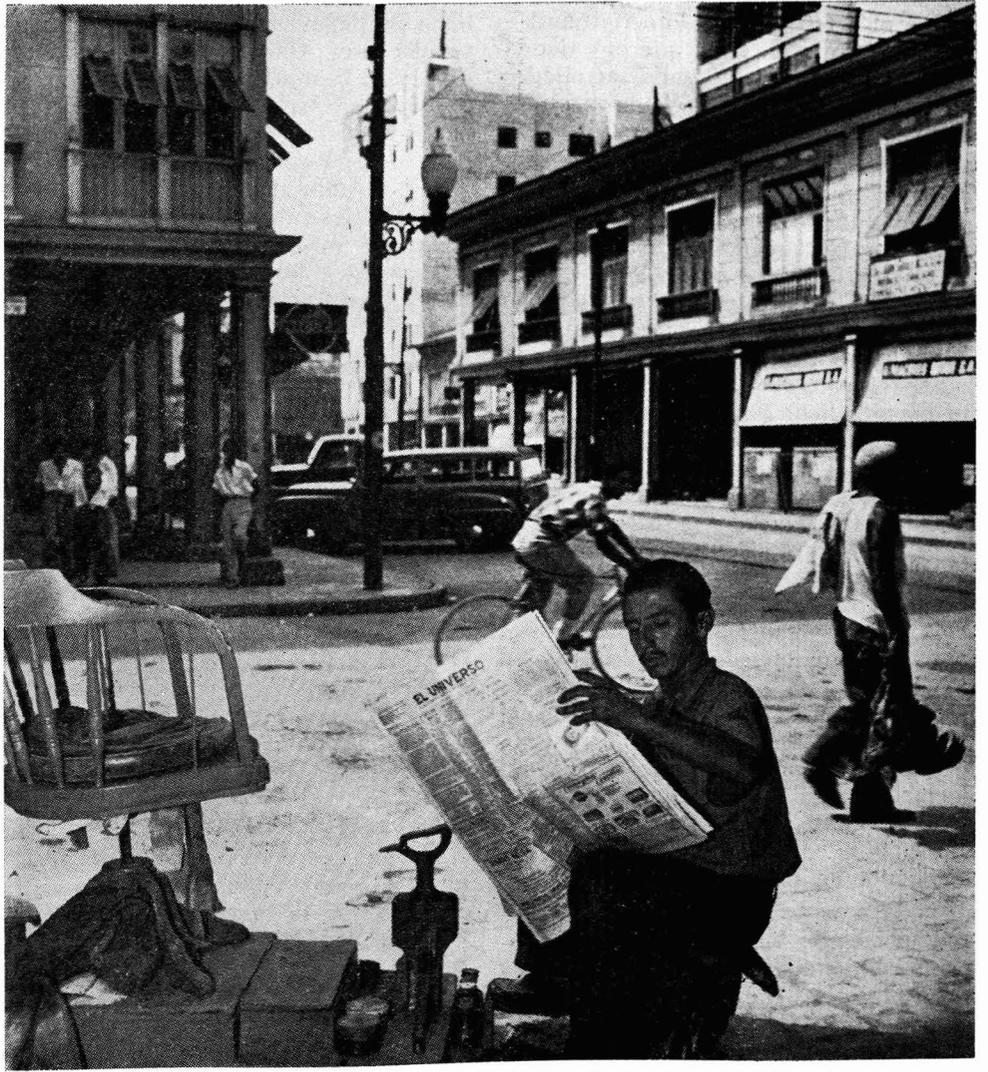
El cuadro del subdesarrollo se completa con estas características: ingreso nacional medio y niveles de vida bajos; insuficiencia alimenticia y bajo rendimiento agrícola; sistema comercial parasitario; relaciones desfavorables en el comercio internacional y, por supuesto, el fenómeno "clásico" del analfabetismo. Aunque de las tres cuartas partes de la población mundial —subdesarrollada— un 68.5 por ciento se dedica a la agricultura, el rendimiento agrícola es insuficiente. Los campesinos no son dueños de la tierra que cultivan, carecen de medios técnicos, de créditos, etc. En cuanto a los ingresos nacionales, hay que señalar que el 16 por ciento de la población mundial acapara el 70 por ciento del ingreso mundial, en tanto que el 54 por ciento de la población se ve obligada a subsistir con el 9 por ciento del ingreso mundial. Si se reflexiona con detenimiento en estos datos, se comprende con facilidad por qué los países subdesarrollados son los países proletarios del mundo. El sistema comercial parasitario que prevalece en estos países presiona aún más sus débiles economías. Suponiendo que el índice del producto neto por trabajador agrícola sea igual a 100, el producto neto por actividades comerciales o servicios es el siguiente: 230 en Italia, 300 en la India, Japón y Brasil, 650 en la Unión Sudafricana, 770 en México. Sólo es más alto en Turquía donde asciende a 780. Los datos relativos al analfabetismo son alarmantes: 90 por



Un soldador venezolano.



El Cerro Bolívar, Venezuela.



Escena callejera en Guayaquil, Ecuador.

ciento de la población en la India y el África Negra; 86 por ciento en Egipto; 70 por ciento en Turquía; 57 por ciento en el Brasil y Venezuela; 41 por ciento en Grecia, etc. No es necesario señalar que los países desarrollados apenas padecen este problema. Por último, las relaciones entre los precios de los productos primarios que exportan los países subdesarrollados y los precios de los artículos manufacturados que importan, procedentes de los países altamente industrializados, es muy desventajosa. Los países subdesarrollados deben a las condiciones de comercio desfavorables una escasez de reservas monetarias que contribuye aún más a su estancamiento económico.

El subdesarrollo económico, tal como ahora se presenta en casi la mitad del mundo, coincide pues en características específicas producidas fundamentalmente por la subordinación política y la dependencia económica en relación con los países desarrollados. La situación actual de los países subdesarrollados es el resultado de la introducción deformadora del sistema capitalista dentro de estructuras sociales pre-capitalistas y el consecuente desequilibrio en una sociedad que experimenta un gran incremento demográfico y donde los beneficios del escaso desarrollo son usufructuados por una minoría.

IV. De la "toma de conciencia" de los países subdesarrollados viene hablándose desde los finales de la segunda Guerra Mundial. A partir de entonces la bibliografía sobre el tema no ha dejado de crecer. Una lectura crítica de esa bibliografía —crítica porque es mucha y porque en su mayoría ha sido elaborada por los mismos países desarrollados (una forma más refinada de imperialismo)— nos enseña que la tarea que hoy tienen por delante los países subdesarrollados es diferente de la que realizaron en su momento los países hoy desarrollados. Estos países tuvieron que pasar por una etapa de formación y acumulación de capital que fue soportada en un principio por la clase trabajadora. Una vez formado el capital y realizado el proceso de expansión —interno y externo— es decir, producido el desarrollo, el proceso de industrialización y crecimiento productivo superó al ya atenuado crecimiento demográfico. Para los países subdesarrollados el proceso es a la inversa. A su mayor crecimiento demográfico corresponden una insuficiente industrialización, un mercado nacional débil y la falta del capital que pueda impulsar hacia una mayor industrialización que permita, a su vez, aumentar el nivel de vida de esos pueblos. Es lo que los economistas han llamado el "círculo vicioso de la pobreza". Ahora bien, para romper ese estancamiento hace falta lo que el profesor Rostow llama la "arrancada hacia el crecimiento sostenido". ¿Cómo lograrlo? ¿Será —como afirma Piatier y parecen creer muchos economistas— a través de la conversión de los países desarrollados en países "desarrollantes"?

Teóricamente y de acuerdo con la hipótesis metodológica que hemos adoptado en este trabajo, lo contrario es más bien lo justo. Ha sido la explotación —directa o indirecta— de los países subdesarrollados la que ha hecho posible el crecimiento de los desarrollados. Pero

¿qué datos aporta la realidad? Según estudios recientes, para doblar en 35 años el nivel de vida de las naciones que hoy disponen de menos de 100 dólares anuales por habitante, sería necesaria una inversión anual que comenzaría por 50 a 60 mil millones de dólares el primer año para aumentar progresivamente a una cifra de 250 a 300 mil millones de dólares: es decir, cerca del 14 por ciento del ingreso nacional del conjunto de países desarrollados que, para permitir tan modesto aumento en el nivel de vida de 1,600 millones de hombres, tendrían que gastar sumas aproximadamente equivalentes a las inversiones que requieren sus propias economías para mantenerse en crecimiento.⁴ La respuesta a la interrogación planteada resulta obvia si advertimos, por una parte, que los fondos que los "países desarrollantes" —de sus propias economías— consagran al desarrollo son de 3 a 4 mil millones de dólares y, en segundo lugar, habría que preguntarse si, de acuerdo con la experiencia histórica, las sumas invertidas por los países "desarrollantes" servirían efectivamente para promover el desenvolvimiento económico de nuestros países o contribuirían más bien a afianzar nuestra dependencia. Existiría, además, el riesgo inflacionario dado el sistema económico en vigor y esta inflación serviría para enriquecer más aún a la minoría interna usufructuaria del subdesarrollo.

En efecto, otro de los problemas graves de estos países, como ya hemos visto, es la gran desigualdad existente entre una mayoría cuya miseria es extrema y una minoría que acapara la mayor parte del ingreso nacional para "invertirla" en gastos suntuarios, casas de lujo y edificios de departamentos así como en especulaciones comerciales y préstamos usurarios, cuando no es invertida o depositada en bancos extranjeros de los países desarrollados. Es éste uno de los principales obstáculos "institucionales" que se oponen al desarrollo precisamente porque el subdesarrollo es el fundamento de su riqueza. *A nuestro modo de ver, hay varios países insuficientemente desarrollados donde la concentración del poder económico y político en manos de una clase reducida, cuyo principal interés es conservar su riqueza y sus privilegios particulares, no permite esperar mucho progreso económico mientras que una revolución social no produzca un cambio en la distribución de la renta y el poder... Ciertos países están dirigidos por minorías corruptas y reaccionarias que serían derrocadas por el pueblo si no hubiera ayuda extranjera, pero cuyo poder resulta favorecido por el hecho de disponer de dichas ayudas extranjeras.* La cita anterior se cuenta entre las advertencias hechas por técnicos de las Naciones Unidas en sus *Medidas para fomentar el desarrollo económico de los países insuficientemente desarrollados*.

Sin una revolución parece, de hecho, imposible vencer los obstáculos institucionales que se oponen al crecimiento. ¿Qué otro camino hubiera tenido Cuba —para recordar el ejemplo más reciente— de realizar su Reforma Agraria, base indispensable para la formación del mercado nacional que hará posible el comienzo del proceso industrializador?

¿Cómo lograr que el Estado sustituya o llene el vacío del empresario sin caer en sus excesos? ¿De qué manera planificar el sistema económico de modo que las "fuerzas del mercado" no funcionen *contrario sensu* de los intereses nacionales? ¿Cómo romper con el bilateralismo forzoso impuesto para comerciar con todos los pueblos de la tierra? En una palabra ¿cómo hacer para humanizar un sistema deshumanizado por el lucro? Sólo a través de una Revolución que, necesariamente, tiene que producirse en los países subdesarrollados.

Señalamos, al analizar las condiciones generales del subdesarrollo, que éste se presenta como un desequilibrio entre el crecimiento de la población —mayor— y la productividad económica —menor.

Ahora bien, es precisamente este desequilibrio el que debe producir naturalmente el impulso revolucionario, que inicie el proceso de desenvolvimiento: es ésta la "arrancada sostenida" de que hablan Rostow y Myrdal sin definirla. Y esta Revolución que se produce "naturalmente", tarde o temprano, es la que realiza la repartición agraria y la que puede orientar al Estado en la organización del complejo proceso del desarrollo nacional que sólo al Estado toca realizar. Un Estado, por supuesto, que represente los intereses de la mayoría de la población en la que tiene que apoyarse para poder evadir las trampas que le serán tendidas en el camino; un Estado nacional, en el más amplio sentido de la palabra.

Y ¿cómo asegurar y fortalecer la independencia económica sin desarrollar en conjunto y orgánicamente las actividades productivas? La Reforma Agraria es el pivote del impulso inicial, para elevar con rapidez el nivel alimenticio y poner en marcha después la industrialización que suprima el desempleo y amplíe el mercado. Pero ¿cómo industrializar sin ahorro, sin capital? ¿Cómo comprar los bienes de capital necesarios para la industrialización? Es en este punto del problema donde muchos economistas se desconciertan o desertan. ¿De dónde obtener la gran cantidad de recursos, sin frustrar el proceso de crecimiento? Dada la necesidad de invertir en bienes de capital y, al mismo tiempo, de aumentar el nivel de vida de la población el dilema parece, a primera vista, un callejón sin salida.

Es que, de hecho, los países subdesarrollados tienen que utilizar el mayor recurso que poseen y que no es precisamente la capacidad de inversión monetaria sino el *trabajo humano*. Del empleo total de la fuerza de trabajo es de donde puede surgir tanto la elevación del nivel de vida como el ahorro del capital necesario para comprar las "máquinas que producen máquinas". Para ello es necesario, evidentemente, una relación estrecha entre pueblo y gobierno, una identificación plena entre los fines de la colectividad y los del Estado, una devoción máxima a los objetivos nacionales que se persiguen: la independencia económica y el alza creciente de los niveles de vida mayoritarios. Un pueblo convencido y organizado puede realizar un gran volumen de labores de interés local y regional cuya necesidad nadie conoce mejor que los pueblos mismos. La capacidad de producción aumenta

cuando el trabajador sabe que su esfuerzo no se perderá ni irá a acrecentar la riqueza de otros sino que, por el contrario, se traducirá en beneficios concretos para él, en un plazo más o menos largo. Además el trabajo, invertido en gran escala, estará coordinado y planificado en un marco nacional para que pueda rendir al máximo. Es así como el elemento desequilibrador (el crecimiento demográfico) se convierte con la Revolución, la Reforma Agraria y el esfuerzo sostenido del crecimiento en el principal elemento de equilibrio dinámico de un proceso de desarrollo sano. Si recordamos las premisas teóricas iniciales veremos que corresponden a la solución del "callejón sin salida" del subdesarrollo. En efecto, teóricamente Hegel resolvía el problema del Esclavo en virtud del trabajo transformador de las condiciones del mundo y de sí mismo que, finalmente, lo conducían a la liberación. Ahora podemos afirmar que, en la práctica, el proceso y el resultado son semejantes.

V. Con frecuencia se afirma que el marxismo ha fallado en sus previsiones históricas. El marxismo, se dice, había previsto la Revolución en los países de capitalismo "maduro". La crisis de sobreproducción sobrevendría en el momento en que el mercado resultara insuficiente para absorber aquel loco desencadenamiento de las fuerzas productivas puestas en movimiento por el afán desmedido de lucro y no por las más amplias necesidades sociales. En ese momento, los trabajadores con su creciente conciencia revolucionaria creada por las contradicciones mismas del sistema, pondrían fin a la irracionalidad capitalista, armonizando las relaciones de producción con las fuerzas productivas. "Eso no ha sucedido, luego el marxismo se equivocó de medio a medio." A lo más, dicen algunos, "el comunismo sirve en las sociedades pre-capitalistas como medio eficaz para quemar las etapas de su retardo histórico". El marxismo viene a ser, así, un método para construir el capitalismo en las regiones atrasadas. El razonamiento continúa más o menos en estos términos: "los obreros parecen cada vez más pequeño-burgueses; hay tales posibilidades de movilidad social que no puede hablarse ya de un proletariado rígido", para concluir que la Revolución no podrá producirse ya "lógicamente" en los países altamente desarrollados dentro del sistema capitalista.

Estas tesis, aunque falaces, han ido penetrando en importantes sectores de todo el mundo, incluyendo a los trabajadores de los países desarrollados. Piénsese si no, para poner sólo un ejemplo, en el proletariado norteamericano y su "conciencia de clase". Es un hecho que los obreros se conforman casi siempre con ventajas económicas y no piensan en la mayoría de los países de capitalismo avanzado en hacer, por el momento, la Revolución. Pero lo que ha sucedido es, sencillamente, una transferencia temporal del antagonismo histórico del plano nacional al internacional. Es decir, el conflicto se plantea ahora entre los países desarrollados —la "burguesía", la "riqueza"— y los países subdesarrollados —el "proletariado"— en el plano internacional. La contradicción se resolverá mediante la *negación de la negación* que realizarán los países subdesarrollados, al



El tren que comunica Lima con Oroya, Perú.

liberarse de la explotación de que son objeto por los países superiormente desarrollados.

He aquí una reveladora "confesión de parte" que ratifica nuestra tesis: En 1895 Cecil Rhodes, negociante inglés e instigador de la guerra anglo-boer había dicho: "La idea que yo acaricio representa la solución del problema social, a saber: para salvar a los cuarenta millones de habitantes del Reino Unido de una guerra civil funesta, nosotros, los políticos coloniales, debemos posesionarnos de nuevos territorios para colocar en ellos el exceso de población, para encontrar nuevos mercados en los cuales colocar los productos de nuestras fábricas y de nuestras minas. El imperio, lo he dicho siempre, es una cuestión de estómago. Si no queréis la guerra civil debéis convertirlos en imperialistas." Y el francés Wahl sostenía, hacia 1905, que "A consecuencia de la complejidad creciente de la vida y las dificultades que pesan no sólo sobre las masas obreras sino también sobre las clases medias, en todos los países de vieja civilización se están acumulando la impaciencia, la irritación, el odio, que ponen en peligro la tranquilidad pública; hay que hallar una aplicación a la energía sacada de un determinado cauce de clase, encontrarle aplicación fuera del país, a fin de que no se produzca la explosión en el interior".⁵ Tales ideas francamente imperialistas revelan la conciencia que las clases dirigentes de los países desarrollados tenían de "matar dos pájaros de un tiro". Y lo han logrado temporalmente. Si los países capitalistas han podido atenuar hasta ahora la ebullición del conflicto social ha sido gracias a la elevación relativa de los niveles de vida de sus proletariados respectivos, como resultado del mantenimiento de los pueblos subdesarrollados a niveles bajísimos de vida, con grandes masas pauperizadas y miserables. El capitalismo financiero, que explota los recursos naturales y la fuerza de trabajo de los países "proletarios" del mundo ve ahora sus intereses en peligro: los países explotados tienen conciencia del origen de su estancamiento y han emprendido la lucha por su liberación. Difícilmente podrán los países desarrollados detener por la fuerza de las armas, la Revolución de los países subdesarrollados cuando existe ya lo que C. Wright Mills ha llamado el "factor

de inhibición" representado por el bloque socialista. Por otra parte, tanto la Unión Soviética como los demás países de economía planificada podrán dar salida a los productos de las regiones subdesarrolladas a medida que éstas se vayan liberando política y económicamente. Las condiciones del comercio internacional variarán favorablemente para los países subdesarrollados y desfavorablemente para los países capitalistas, que se encontrarán ya solos, frente a los problemas sociales que han estado paliando a expensas de las economías subdesarrolladas.

En definitiva, pues, la Revolución no se llevó a cabo en los países desarrollados (que se habían auto-colonizado al crear su mano de obra barata, es decir, su proletariado) porque "transfirieron" el conflicto social —proletariado *vs.* burguesía— al plano internacional. En efecto, al ampliar los mercados —y la exportación a los países subdesarrollados, los países industriales tuvieron la posibilidad de aumentar los niveles de vida de sus clases trabajadoras (evadiendo el supuesto marxista de una crisis de subconsumo que produciría una creciente pauperización). Esto, naturalmente, retrasó y retrasará todavía el proceso revolucionario en los países altamente industrializados —por paradójico que parezca— hasta el momento en que los subdesarrollados se liberen de las trabas que los oprimen. Entonces la "colonización" volverá a su lugar de origen: los niveles volverán a reducirse en los países capitalistas; el conflicto social paralizado cobrará su natural dinamismo y los presupuestos marxistas entrarán nuevamente en vigor. El paréntesis que ha sostenido al mundo capitalista desaparecerá gracias a esta revolución, humana, nacional y democrática, que es la Revolución de los países subdesarrollados, la Revolución de los *esclavos* de que hablaba Hegel.

NOTAS

¹ A. Kojève, *Introduction à la lecture de Hegel*. París, Gallimard, 1947, p. 33.

² G. Myrdal, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1959, p. 39.

³ *Ibid.*, p. 64.

⁴ Y. Lacoste, *Les Pays Sous-développés*. París, Presses Universitaires de France, 1959, p. 99.

⁵ Cf. V. I. Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. Moscú, Ediciones en Lengua Extranjeras, 1947, pp. 103 y 110.